TRIBUNA

Isidoro Moreno
Catedrático de Antropología
de la Universidad de Sevilla

La Economía (con mayúsculas) va bien, incluso muy bien, repiten la mayoría de los economistas y de los políticos profesionales, pero nuestra economía (con minúsculas) está peor que antes

El consenso

ES un lugar común afirmar que la economía española y, también, o aún más, la andaluza, atraviesan desde hace diez años un periodo de bonanza; incluso que están boyantes. Tanto PSOE como PP coinciden en que la dinámica económica es positiva. Es en esto en lo único que existe consenso entre los dos partidos que en casi todo lo demás parecen chocar en una permanente bronca. El propio Rajoy, en sus ácidos ataques a Zapatero en el Congreso de los Diputados con motivo del reciente Debate sobre el estado de la Nación, salvó la economía de su dibujo catastrofista, reconociendo que en este ámbito el Gobierno socialista sí había obrado bien por haberse limitado a mantener la política realizada por los populares durante sus ocho años de gobierno, y de ahí la bonanza económica.

La Economía (con mayúscula) va bien, incluso muy bien, repiten la inmensa mayoría de los economistas y de los políticos profesionales, aportando un torrente de cifras sobre el crecimiento de la riqueza, la elevación de los beneficios empresariales y el hecho de que la renta per cápita esté alcanzando la media europea. Como reflejo de todo esto, se señala que en el segundo trimestre del presente año *nuestra* economía ha crecido un 4 por ciento. Y raro es el día en que un gran banco, una caja o alguna de las grandes empresas que cotizan en Bolsa no nos anuncien, a bombo y platillo, que han aumentado un 30, un 40 o casi un 50 por ciento sus beneficios respecto al año anterior. En conjunto, y según datos oficiales, entre 1999 y 2006 el beneficio empresarial aumentó un 73 por ciento en el conjunto del Estado español (mientras en Europa lo hizo *sólo* un 33 por ciento) y los dividendos repartidos a los accionistas subieron también un 47 por ciento.

Todo lo anterior refleja con rotundidad –incluso yo diría que con obscenidad impúdica– que existen personas y sagas familiares que están multiplicando espectacularmente sus cuentas corrientes. Son, sobre todo, los consejeros y grandes accionistas de la banca, de las empresas multinacionales y de sociedades inmobiliarias. Pero, ¿hemos mejorado, aunque sea en menor medida, la mayoría de los ciudadanos? Los estudios de una organización tan poco sospechosa de ser antisistema como la OCDE nos contestan con claridad: en España, durante los últimos diez años, el salario real se ha reducido un 4%. Es decir, que quienes nos ganamos la vida con nuestro trabajo tenemos hoy menos capacidad adquisitiva que hace una década, a menos que seamos altos directivos de multinacionales (en cuyo caso lo habríamos aumentado en un 20 por ciento) o alcaldes o concejales de aquellas ciudades y pueblos donde el alza escandalosa de remuneraciones es la piñata festiva con la que se inicia cada nuevo periodo de cuatro años.

BARRANCO

O sea, que La Economía (con mayúscula) va muy bien pero nuestra economía (con minúscula) está peor que antes. Algunos analistas, que intentan ser críticos con algunas de las consecuencias de la lógica del capitalismo globalizado sin cuestionarla, llaman a esto una paradoja, pero no hay tal; al contrario, lo uno y lo otro son dos realidades complementarias. La precarización, la eventualidad, las subcontrataciones y los bajos salarios que son responsables del descenso del salario medio real son una de las condiciones necesarias del espectacular alza de los beneficios empresariales. Como también son pilares del mismo las especulaciones financieras, los negocios amorales cuando no ilegales, y las facilidades –¿o mejor habría que decir sumisión?– de los poderes políticos a la obtención de los máximo beneficios con los menores costes y sin atender a los daños ecológicos, sociales y humanos.

Que en esta sumisión coincidan PSOE y PP no es una cuestión menor: ambos partidos basan su política económica en el debilitamiento del carácter progresivo y directo de los impuestos, en la no persecución seria del fraude fiscal, en el dogma del superávit de las cuentas públicas y en el énfasis sobre la *moderación salarial* (con la colaboración, sobre todo en esto último, de unos sindicatos *de clase* generosamente subvencionados). Es decir, que unos y otros comparten, con pequeños matices, la ideología neoliberal, aunque pretendan aparecer como organizaciones con ideologías enfrentadas. Como afirmó –sin otro comentario– hace unos días, en un curso de verano de la Universidad de Cádiz, el que fuera primer presidente de la Junta de Andalucía, desde la restauración de la democracia hasta hoy han cambiado varias veces los gobiernos pero los ministros de Economía han sido, todos, de un mismo partido. Difícilmente se puede explicar con mayor claridad el consenso en lo esencial que dura ya casi 30 años.

LA CIUDAD Y LOS DÍAS

Carlos Colón

Acierto del PSOE

LOS críticos con la decisión tomada por el PSOE sobre la cuestión Navarra, desautorizando el pacto de gobierno entre PSN, NA e IU, le reprochan haber actuado por miedo al PP y electoralismo. En realidad las dos cosas son la misma: miedo a como el PP habría utilizado este pacto en las próximas generales. A la inversa, quienes aplaudimos la decisión de no pactar con NA e IU consideramos estas críticas carentes de fundamento.

No se debe confundir el sentido de la oportunidad con el oportunismo, ni el respeto al electorado con el electoralismo. Aunque la Academia no haga distinciones –definiéndolo como "consideración de razones puramente electorales en la política de un partido"– por electoralismo se entiende una supeditación de los intereses generales al de los partidos, una estrategia no sincera para captar voluntades y votos prometiendo lo que no es posible o conveniente cumplir, una deriva demagógica de la democracia y un oportunismo que sacrifica las políticas a largo plazo a las urgencias del calendario electoral. Pero hay otras formas más nobles de tomar decisiones "en consideración de razones puramente electorales".

La decisión de Ferraz ha sido coherente con lo que el PSOE representa y sus votantes esperan de él

La más importante es intuir cual es la voluntad de la mayoría de los votantes en torno a la cuestión sobre la que se decide. En el caso navarro, tanto la tradición del PSOE como su actitud cuando ha tenido responsabilidades de gobierno es la de conciliar la unidad de España y el respeto al marco constitucional con el respeto, no sólo a los derechos históricos de las comunidades que conforman la nación, sino a sus aspiraciones que sean compatibles con el ordenamiento constitucional. En este sentido la decisión de Ferraz ha sido coherente con lo que el PSOE representa y la mayoría de sus votantes esperan de él.

Lo del miedo al PP merece menos comentario. No es malo que los partidos se teman los unos a los otros, si es en un sentido de competitividad que redunde en el bien común. Por "miedo al PSOE" el PP ha aceptado e incluido en su programa mejoras sociales que de otra forma jamás habrían figurado en él (y que sus votantes más ultramontanos le reprochan hasta exigiéndole que renuncie a ellas: que se lo preguntaran a Amalia Gómez cuando fue secretaria general de Asuntos Sociales). De la misma forma, bien estaría que por "miedo al PP" el PSOE se haya retirado de un pacto bajo sospecha de ultranacionalismo y haya dado el ejemplo de asumir que gobierne el partido más votado (UPN: 42,30 por ciento), en vez de sumar la fuerza de dos que sólo han alcanzado la mitad de esos votos (NA el 23,50 por ciento y PSOE el 22,40 por ciento) y de otro, IU, que sólo logró el 4,40 por ciento.

EN TRÁNSITO

Eduardo Jordá

La zarabanda de Bergman

EN la era de David Beckham y Charlize Theron, el director de cine Ingmar Bergman era una iglesia románica que sobrevivía de forma misteriosa entre hamburgueserías y casinos y *after hours*. Nadie entraba en la iglesia ni se fijaba en ella, ya que las guías turísticas la ignoraban y los ciudadanos la despreciaban por ocupar un espacio que debería albergar un centro comercial; pero al menos esa iglesia servía para que unos pocos chiflados recordaran que hubo una época en la que existían algunas cosas que se podían considerar sagradas. La culpa, por ejemplo. O la angustia. O la interrogación sobre el sentido de la vida. O la absurda e invencible necesidad de analizar la propia vida con la crudeza de una autopsia mucho más desagradable que cualquiera de las que se ven en *CSI Las Vegas*, aunque para ello nos baste ver un primer plano con el rostro de una mujer.

No es raro que Bergman viviera recluido en la isla báltica de Farö desde hace más de veinte años. Nuestra época ya no le interesaba. En la película *Infiel*, que rodó su ex mujer Liv Ullmann con un guión suyo, se veía el estudio del que apenas salía en estos últimos tiempos: una especie de celda forrada de madera, con una mesa de despacho, un proyector de cine y una ventana que daba a un árbol torturado por el viento y a una playa de arena sombría. Nada más. Cada año, la Filmoteca sueca le mandaba un camión cargado de películas antiguas, que Bergman proyectaba en su casa para sus vecinos y familiares, con los que se llevaba bastante mal, como era de prever en un viejo celoso y ególatra como era él.

En *Saraband*, su última obra maestra (ayer la proyectó La 2, aunque en su día no fuera estrenada en España), hay una escena en la que la pareja de septuagenarios que han vivido juntos y se han amado y se han odiado mucho, vuelven a pasar juntos un verano muchos años después de su separación. Una noche se desencadena una tormenta. El hombre y la mujer, que estaban cada uno en un dormitorio, se levantan desnudos, aterrorizados, y caminan en la oscuridad hasta que se encuentran y se cogen la mano. Durante unos instante los vemos temblar como Adán y Eva en un fresco románico, sólo que ellos no están contemplando el principio del mundo sino su final, y ahí están, decrépitos y derrotados, tan cargados de odio y de reproches como lo está de electricidad la isla sobre le que se abate la tormenta, pero Bergman consigue hacernos ver que ellos dos también están llenos de la misteriosa gracia sobrenatural que invade a todo aquel que tiembla de miedo y se deja coger la mano y está dispuesto a entregar todo lo que tiene, aunque ya no tenga nada que entregar. Y al fondo de todo, traspasando la tormenta, iluminando la noche, una *suite* de violonchelo de Bach.